Capítulo I

Sigo sin poder recordar cómo me golpeé el jodido hombro, pero lleva dos semanas doliéndome a rabiar. Solo es un hematoma que está encima de la articulación izquierda, así que no curará hasta que pueda reposar un poco. Tendrá que esperar, me queda trabajo y un largo día por delante.

Es una tortura vendimiar así, con este ambiente cargado de humedad, pesado. Aunque si espero, empezará a llover, y entonces sí que será una pesadilla. Si al menos no me doliera el hombro, podría ir bastante más rápido.

Es una suerte contar con Miguelón, que no es muy listo pero sí trabajador. De hecho, me aventaja bastante en la faena, está llenando casi el doble de capachos que yo con sus racimos de uvas. Me toca bastante los huevos, no voy a negarlo, porque me saca casi veinte años de diferencia y está como una moto. Claro que es para lo único que sirve, para bregar y acarrear. No tiene ni dos dedos de frente, ni los quiere. ¿Para qué?

Me mira de cuando en cuando, comprueba que me sigue ganando terreno y sonríe. Está compitiendo. Sin ninguna malicia, pero compite. Es por el simple placer de superar a un hombre mucho más joven que

le dobla en masa corporal. Total, es infatigable, no necesita ni tomarse un respiro para recuperar fuerzas; trabaja como quien respira, solo se detiene si se para a pensarlo. Y no piensa demasiado, es su gran baza.

Sonreír es fácil, yo lo haría si supiera, le devolvería el gesto. Las cosas son sencillas cuando uno sabe hacerlas, para los demás todo es quimera.

En cualquier caso, Miguelón es un buen tipo. Su jornal son unas botellas de vino, algunas docenas de huevos y la compañía. Sobre todo esto último, porque en sus más setenta años nadie le había prestado atención jamás, no tenía ni un solo amigo en la isla. Hasta que un día decidí dejar mi empleo y llamé a su puerta para pedirle ayuda, dispuesto a dedicar mi vida a trabajar para mí mismo, a dejar de lado las comodidades de la labor por cuenta ajena, la tranquilidad de llegar a casa cada día y olvidarme de todo, denegándome la seguridad de una nómina a final de mes que me apoltronaba y sometía el ánimo.

Necesitaba poner tierra de por medio, tierra fértil. Autosuficiencia *versus* el sistema, dejar de ser engranaje para convertirme en motor de mi propia vida. Si no trabajo no como, es así de simple. Me llena, me hace sentir parte de algo. Todavía no se el qué.

Antes de eso, todo el terreno que se extendía frente a mi casa no era más que un mantel decorativo que todavía no sabía ni para qué valía, y que ni siquiera me ocupaba de mantener cuidado. La vegetación crecía asilvestrada, invadiendo la fachada de la casa a su antojo. Si me molestaba en exceso pegaba unos cuantos recortes para contenerla, con unas tijeras de podar oxidadas por el desuso y el abandono, sucias de apatía.

Poseía, sin saberlo, todo lo que cualquier ser humano puede necesitar para hacer su vida sin rendir cuentas, y estuve desaprovechándolo demasiado tiempo, desperdiciando mi existencia, de seis de la mañana a dos de la tarde, frente a tanques de galvanizado en los que introducía objetos que cubrían necesidades ajenas para ganar más de lo que necesitaba para cubrir las propias.

Miguelón se detiene a observarme. Parece que intenta darme algo de ventaja, se regocija en su destreza superior. No le voy a decir nada, aunque podría aplastarle la cara de un solo golpe. Porque todo el mundo le llama Miguelón con la misma falta de gracia que me llaman a mí Marquitos, con mis dos metros frente a sus poco más de ciento sesenta centímetros. Quizás no pese mucho menos que yo, bebe y come mucho, pero cuando se encara conmigo le habla a mis pezones.

—Marquitos, ¿quieres que paremos a descansar un rato? —pregunta con sorna.

No lo necesita, solo es que cree que yo sí. Está afianzando su supremacía en esta labor. No quiero decepcionarle, no voy a poner la excusa de este hombro que no deja de protestar a cada movimiento que hago para arrojar racimos a los capachos. No puedo alegar que la humedad me oxida, porque respiramos bajo la misma atmósfera vaporosa.

Paso de darle el gusto. Finjo que miro el reloj, como si no supiera que llevamos apenas una hora de faena.

—No, son las seis de la mañana, hay que aprovechar y dejar esto listo antes de que vuelva la lluvia.

—Eso sí —asiente victorioso.

Este hombre nunca se agota, si hubiéramos empezado cada uno desde una punta de la viña que rodea los muros, que marca las fronteras de mi terreno, antes del mediodía habría cubierto la mitad de la plantación, mientras que yo no habría alcanzado ni un cuarto.

Por eso está aquí, así que me trago el orgullo y el dolor, me olvido de que hubo un tiempo en que fui el mejor en mi trabajo, de que mi encargado en el taller me mostraba como una atracción para los nuevos empleados que se incorporaban. «Aquí, el Marquitos, que se machaca las ocho horas sin interrupción. Aprended de él».

De eso hace más de diez años. Ahora estoy perpetuamente cansado. Me levanto cansado, trabajo cansado, hago los repartos cansado, reposto cansado y descanso cansado. Los ojos van desapareciendo de mi cara

para no ver mi cuerpo castigado por los años. Las facciones se pliegan sobre sí mismas en mi rostro para esconder las cicatrices de mi lucha contra la vida. Descosidos que tapan rotos.

No puedo dejar de observar el cielo mientras despliega con calma y chulería las solapas de un nuevo día. Se avecina una noche oscura, necesito a alguien. Va a caer sobre mí, o tal vez sea yo quien caiga desde su negrura, como un ángel incapaz de abrir las alas que tropieza en una escalera de caracol directa al infierno. Cuando llegue ese momento no puedo estar solo, necesito que alguien me tome la mano y descienda a mi lado. La sangre se me espesa cuando me hundo en noches así. Recorro con ansiedad los pasillos de mi cabeza, sin encontrar la puerta del dormitorio de mi consciencia, el lugar en el que poner a dormir la angustia.

Así es imposible trabajar, los aguijonazos en el hombro resultan insoportables y me aburro a mí mismo con mi verborrea interior.

Distingo movimientos por el rabillo del ojo. La tierra palpita en medio del campo, por donde corretean mis gallinas jubiladas. Se van separando poco a poco, son aves mucho más inteligentes de lo que parece, saben que algo está pasando. Se ordenan formando un círculo en torno a un sutil relieve cubierto de césped que pasaría desapercibido a los ojos de cualquiera.

Intento corroborarlo sin volverme del todo, para no llamar la atención de Miguelón, pero es un poco tarde, porque el comportamiento de las gallinas ya le alertó.

—¿Qué les pasa a tus gallinas, Marquitos?

—No les pasa nada, son gallinas viejas —respondo, como si él no lo supiera, como si no se percibiera a simple vista en sus picos romos y las calvas de su plumaje.

—Ya veo. ¿Y por qué no les das el pasaporte? No sé para qué tienes gallinas viejas cagándote por todo el campo y dándote trabajo en balde. Si quieres lo hago yo, y me las llevo para dárselas de comer al perro. El *hijoputa* te pilla una de esas y se la engulle en diez segundos, las

tritura con los dientes sin cocinar ni nada. Con todas las que tienes por aquí me llega para darle de comer un mes por lo menos.

—Nunca sacrifico las gallinas viejas. Me da igual que ya no pongan, cumplieron con su servicio, me dieron todo lo que podían y se merecen un retiro digno.

—Bah, mantener animales que no te dan nada a cambio... Los animales son para comer, Marquitos.

—¿Y qué te da tu jodido perro? No, mejor no me lo digas, no quiero saberlo.

El hombre no ha captado por dónde iba mi comentario, y tampoco le importaría mucho. Seguro que si le tiro de la lengua acaba confesando algo que prefiero seguir ignorando, aunque lo imagine. De alguna manera tiene que desahogarse, y eso no es cosa mía.

—Mantener gallinas viejas… Eres la hostia Marquitos —insiste el gañán.

—Calla la boca, joder. Tú ya estás para el desahucio y nadie dice nada de sacrificarte, ¿a que no?

—Todavía valgo para algo —espeta, recorriendo con el dedo el largo trecho de ventaja que me saca en la viña. A veces no parece tan tonto como es.

Pero ya no le escucho. Solo puedo atender al montículo de tierra que se remueve, a los dedos que escarban hasta que por fin asoma una mano gris, sucia y despellejada, que emerge de su interior e intenta asirse a algo para arrastrar un cuerpo tras ella. Miguelón no puede verlo, es un mensaje que me dejé a mí mismo en el contestador. Hay cosas que no están hechas para cualquier vista, solo para la de los que estamos dispuestos a leer el mundo entre líneas.

Los ojos se me empañan en rojo hemoglobina, de pura nostalgia. Se avecina una noche oscura, me está enseñando su sonrisa de dientes mellados antes de ponerme frente al pelotón de fusilamiento. Con la cabeza mirando a la pared, sin poder encarar a mis verdugos. Sin dignidad.

Hay momentos en los que uno debe hacer algo, o nada, por evitarlo. Necesito encontrar a alguien antes de que acabe el día.

Intento apurar al máximo y al cabo de un par de horas mando a Miguelón de vuelta a su cueva.

—¿Vuelves mañana, a la misma hora?

—Vale, a las cuatro de la mañana estaré por aquí. Me llevo un par de gallinas para el perro.

—Vete a tomar por culo.

Capítulo II

Después de desayunar me pegué una larga siesta de hora y media. Hace tiempo que dejé de lado los horarios y rutinas de sueño o de las comidas. Duermo cuando estoy cansado y como cuando tengo hambre. Al principio se me alteraban los intestinos, alternaba días de diarreas brutales con temporadas en las que pasaba una semana entera sin cagar, hasta que la zona del vientre se me hinchó y endureció. Con el tiempo, el cuerpo se acondicionó a la nueva dinámica. Al final incluso la falta de costumbres se convierte en hábito, nuestro mecanismo se adapta a lo que le echen.

Las diez y media es una hora como cualquier otra para empezar el reparto, así que le doy de comer cajas de vino y huevos a la furgoneta. Con mimo, como si fuera mi amante.

Cuando dejé el trabajo de galvanizador vendí mi coche, al que trataba como una mascota a la que tratas como al hijo que nunca has tenido. Era un BMW 325 del 86. Una máquina cojonuda, dura como mi mollera y más fiable que cualquier persona con la que me haya cruzado en la vida. Fue una puta pena, me dieron un puñado de míseros céntimos por él. Pero necesitaba desembarazarme de todo, incluidas mis filias más arraigadas.

A cambio, me compré una Berlingo blanca. Muy funcional, muy de reparto; muy fea. Otra máquina de brega, dispuesta a tragarse toneladas de carga y lamer kilómetros de carretera sin rechistar más de lo que lo hacía cuando me la vendieron. Tose por defecto y cumple por decreto, sin sucumbir a la enfermedad del paso del tiempo en mayor medida que su propietario. Es probable que la casque yo antes.

Era de Alejandro, el carnicero de mi zona, a las afueras de la isla. Se jubiló y me la vendió por la mitad de los cuatro céntimos que me dieron por el BMW. El hombre llevaba tiempo un poco ido, necesitaba un descanso. Va siempre acompañado de un zapato viejo al que llama Picha. Dice que es su conejo, que se refugió en su casa cuando él mismo le pegó fuego a medio monte quemando rastrojos, en aquellos tiempos en los que el Seprona era como el coco; se hablaba de ellos pero nadie los había visto. Desde entonces es su amigo inseparable. Quizás el conejo existiera algún día, no lo dudo, pero lo que lleva entre manos a todas partes desde hace veinte años es un jodido zapato castellano. Y tuve que negociar la compra de la furgoneta mientras lo acariciaba con dulzura.

Así y todo, fue un negocio redondo, a pesar de que la máquina todavía apesta a sangre y casquería. Intuyo que sería imposible quitarle ese tufo, aunque a decir verdad ni lo he intentado. Me gusta, me identifica y es para mí en exclusiva, no suele subir nadie más. Solo conserva el asiento del copiloto, los de pasajeros fueron arrancados de la parte de atrás para ganar espacio. De momento no necesito tanto, solo transporto cajas de vino y envases con docenas de huevos que aseguro con cordeles a las paredes metálicas. Aunque los pedidos aumentan cada día.

Ahora le comen la cabeza a la gente con lo de la comida ecológica, los huertos urbanos y todo eso. No es que no esté de acuerdo, es que es una puta moda, como un peinado, un cantante o la última parida cinematográfica que abortan, con muchos millones y poco ingenio, desde Hollywood. Incluso vino un gilipollas a mi casa a preguntarme

si le alquilaría una parcela para plantar nabos. O plantar su nabo, no terminé de entenderle y el tío se acojonó en cuanto abrí la boca y le descerrajé un no. Cada vez tengo la voz más ajada y lo interpretó como una amenaza.

Cuando me subo a la cabina de la furgoneta me siento como un astronauta. Sé que hay un escenario que me rodea mientras conduzco, pero tengo la impresión de que se crea a mi marcha. Ahora me dibujan un túnel que bosteza con apatía coches fantasma, sin conductor, que me dan la réplica. No son más que *atrezo* en un decorado que improvisan para mí, cuando pasan de largo desaparecen en la nada del camino ya transitado. No hay sitio para nada más en esta vida, tenemos que ahorrar espacio.

Mi primera parada es la casa de doña Lola, clienta fidelizada: dos docenas de huevos a la semana. Ochenta años de edad y funciona como un reloj suizo. A veces incluso me pide alguna más, cuando sabe que la visitará su hija y le manda otros tantos «para que coma algo decente de vez en cuando». Pero son contadas las visitas, la mujer vive en la península, y a nadie le apetece saltar el charco que les separa del lodo de Simetría, no vaya a ser que se hundan por aquí y no sean capaces de volver a salir.

—Buenos días, Marcos —saluda, voceando a su volumen habitual.— Hoy vienes más tarde, ¿no tenías ganas de trabajar?

Siempre me asombra el concepto de trabajo que tienen los de su quinta. Comer es un privilegio que te ganas con sudor, eso es una realidad en mi presente. Para la generación de doña Lola es una verdad absoluta, incontestable. No le pienso contradecir, mejor nos iría a todos si las cosas volvieran a ser así.

—Día de vendimia, doña Lola. Hay que aprovechar que todavía no llueve.

—Eso está bien —asiente con satisfacción. Por un momento temí decepcionarla, y es algo que me carcomería.

—¿Cuántas le dejo, dos o cuatro? —pregunto por inercia.

—Hoy me dejas cuatro docenas. Y de paso saca vino, que viene mi yerno y le pega bien —comenta, realizando el gesto universal de empinar el codo, lo que en una anciana queda entre gracioso y obsceno. No me gusta.

—Entonces le dejo una caja de seis botellas. Ya me la pagará a finales.

Mi negocio va así, funciono como la tarjeta pospago de unos grandes almacenes. Mi clientela son principalmente mujeres jubiladas, además de los ecologistas de los cojones, así que establecí el sistema de fiar hasta que cobran la pensión. En algunos casos, incluso tengo que esperar hasta la paga de navidad. Pero no les presiono, la mayoría de las veces entrego huevos o vino y me llevo fruta, verdura o carne fresca como cortesía. Les da igual que te estén pagando por lo que les surtes, traes comida y te llevas comida. Trabajas y te recompensan, el dinero es un extra.

No me falta de nada.

Tal que así, le dejo la caja de vino en la encimera de la cocina. Me agarra los huevos con firmeza, los guarda en una alacena y me entrega a cambio una bolsa con lechugas y pimientos. Descuento mentalmente una docena de su cuenta particular, y le deseo que la visita pase rápido y sin dolor. Sé que no le gusta su yerno, y, por extensión, a mí tampoco, aunque nunca lo haya visto.

Cuando ya he vuelto a subir a la furgoneta veo que hace un ademán como de recordar algo importante. Se acerca al trote a la ventanilla, con la energía que le imprime su motor a huevo casero, y me pide que la baje, aunque siempre habla a grito pelado y es innecesario. No es que esté sorda, es que cree que lo estamos los demás. Razón no le falta.

—Que se me olvidaba. Hay un vecino, dos parcelas más abajo, que quiere que le lleves vino. Un par de cajas, al menos. Es *el Juan*, no creo que le conozcas porque no sale apenas de casa, salvo para trabajar.

—Ni idea, aunque sé a qué casa se refiere —confirmo. Es fácil recordar los sitios en los que no hago parada, esa es de las pocas viviendas de la zona en las que nunca me habían pedido nada.

—Pues acércate, que está esperando que vayas. Pero no le des mucho trato, es un sinvergüenza. Como el difunto de mi marido, ya sabes.

Ya sé. Un hijo de la gran puta de los que doblega a la parienta a hostias, de los que marca su propiedad en tono morado, a juego con el de mi hombro. Por principios no debería ni acercarme. Por mis cojones que voy a hacer esa entrega.

Mi hematoma me envía una señal de socorro que vuelvo a ignorar, mientras salgo marcha atrás de la propiedad de doña Lola. La buena de la Lola, que me trata como al marido que le falta, como al yerno que le hubiera gustado tener. Lo que soy es lo que anhela, lo que fui tal vez le hubiera gustado incluso más.

Embrago, quito el freno de mano y dejo caer la furgoneta al ralentí los metros que me separan de la casa del tal Juan, carretera abajo. Estoy dándome tiempo para decidir con qué ánimo enfrento a semejante animal. Tengo que llegar a la esquina y sé que se está haciendo tarde, lo intuyo por el azul del cielo, moteado de blanco nube sin carga.

Hoy no lloverá. Es mejor que me mentalice de ello, no tengo ganas de meterme en algo de lo que luego no puedan salir indemnes todas las partes. No después de tanto tiempo, de tanto esfuerzo por mantener las manos del pasado bajo el montículo de tierra. Bastante me costó volver a enterrar una esta mañana.

Por un momento, me cago en todos los muertos de la jodida doña Lola, por ponerme al tanto de lo que no me incumbe. Es inherente a su edad, tiene que mandar la rajada, no podía limitarse a decirme qué y dónde y ya está. Me hace partícipe de una historia que en el fondo sabe que no podré pasar por alto. Hacer oídos sordos no es lo mío, mucho menos cuando me gritan.

Pero he llegado hasta este punto, hasta este preciso instante, a base de poner tierra y plantar césped de por medio, así que tendré que redoblar esfuerzos.

Llegar, entregar, cobrar y continuar con lo mío.

Aparco fuera, a pesar de que el portal de la casa está abierto de par

en par, aguardándome. No me extrañaría que mi anciana amiga hubiera anunciado por teléfono mi llegada, porque en Simetría nadie expone su propiedad de esa manera. Es como una invitación a entrar y servirse.

Tampoco hay mucho a lo que echar mano. El camino que conduce a la casa está encementado con desgana, agrietado. Hay algunos juguetes dispersos, con el plástico decolorado como si hubieran pertenecido a un niño de mi generación, malgastados por olvido e indolencia infantil. Malas señales, aunque no de las que más me preocupan.

Un cordel está atado de lado a lado del muro que acota el terreno de la casa, en el que no hay ni rastro de plantación alguna, solo algunos parches de malas hierbas que habrán crecido de manera espontánea. Del cordel pende ropa de mujer, de niño y del que se creerá muy hombre: una funda de faena demasiado parecida a la que usábamos en la empresa de galvanizados, opaca e impersonal.

No hay escaleras, la vivienda es de una sola planta con desván, al que imagino que acceden desde el interior, o desde la parte trasera de la casa.

Me acerco a la puerta y pulso el interruptor del timbre. Emite un *ding dong* en el interior que encuentro reconfortante, hogareño. También suena a visita nocturna a una farmacia de guardia, lo que me recuerda algo que anoto en mi memoria.

Sopeso un instante el efecto que puede tener el sonido del timbre dentro de la casa, hasta que unos pasos suaves y apresurados se escuchan tras la puerta.

Un niño rubio, a lo mini Steve McQueen con camiseta de publicidad, de unos cuatro años, la abre sin contemplaciones y no se intimida un ápice ante la imponente imagen de un monstruo como yo. Si me hubiera topado frente a frente conmigo mismo cuando tenía su edad, habría salido corriendo sin atreverme a volver la vista atrás. Seguro que hasta habría tenido pesadillas con semejante mole amojamada. Pero ahora los chavales están curados de espanto, nada les asusta salvo quedarse sin batería en los aparatejos a los que llaman juguetes.

—¡Papáaaaaaaaaaa! —grita el mocoso, sin darme tiempo siquiera a decir nada y desapareciendo por las entrañas de la casa.

Mientras espero, aprovecho para echar un vistazo a mi aspecto en el alargado espejo que cubre la pared del fondo del recibidor. Pese a la distancia, puedo apreciar que la imagen que me devuelve es la peor versión de mí mismo, la que supera mi baja autoestima y que hiere de muerte mi maltrecho orgullo. Perdí la costumbre de mirarme en el espejo, prefiero visualizarme idealizado, casi siempre con una pinta que hace muchos años que ya no tengo.

El hombre que me devuelve la mirada desde el reflejo es mucho mayor de lo que recordaba, luce desaliñado, con una cabellera cada vez más escasa de mechones de pelo ondulado y largo hasta debajo de las orejas. Tiene la piel quemada y avejentada por efecto de las largas jornadas trabajando bajo un sol sin justicia, o un frío que de tan inclemente parece que se ensaña con todo el que se atreva a desafiarle. No estoy hecho para el cambio climático, aunque lo soporte con estoicismo. Es una pena que la voluntad no sea visible en la imagen que proyectamos.

Un intenso aroma a magnolia desvía mi atención.

Estaba tan absorto que no había reparado en que hay una mujer asomada a una de las jambas de la puerta, a la derecha del espejo al que torturo. Cuando se percata de que la he descubierto da un pequeño paso al frente, hasta exponerse por completo ante mí.

—Hola —susurra.

—Hola —respondo, tratando de suavizar mi carraspera crónica.— Vengo a traer el vino.

Levanto las dos cajas que había dejado a mis pies para mostrárselas, como una ofrenda a la belleza con la que me agasaja.

Es una diosa cuarentona vestida con pantalones vaqueros que no terminan de ajustarse, camisa azul de cuadros e iris a juego. Una musa de metro y medio, de carnes prietas que querrían abrirse paso entre la ropa, y rostro redondo, enmarcado por un pelo rubio muy liso que

cae con delicadeza sobre sus hombros.

—Eso es mucho vino —señala.

El tono de su voz aflautada posee la cadencia y el mimo de los preliminares prolongados; es como si acariciara mi polla con sus palabras.

—¿Os dejo sólo una caja? —pregunto estúpidamente, sin poder contener el graznido de mi voz gutural.

—No, no, está bien. Podría bebérmelo.

Aunque el comentario pudiera parecer un indicio de coqueteo, no lo es. Es un desafío, una muestra de que no se resigna en su confinamiento. Ella podría hacer tantas cosas…

Y, de pronto, todo se acaba. La aparición se evapora en el aire al grito de «Métete dentro, coño», rebuznado por un hombre que sale de no-sé-dónde-cojones y la empuja de vuelta a su caverna.

Entonces me quedo a solas con el tipo. Se esfuma la Magnolia Azul y me deja con las cajas como única barrera entre su marido y mi erección. Pero no importa, la polla se me abate en cuanto veo su cara de mortal común, de persona de tres al cuarto, y su cuerpo fofo embutido en una funda de faena idéntica a la que pende del tendedero. Un mierdecilla como cualquier otro que no es consciente de la deidad de ojos color marea alta con la que convive.

No se merece tenerla, ni siquiera existir en el mismo plano de realidad que ella.

—¿Tú eres el tal Marquitos, el del vino? —gorjea, mirándome como solo se hace con los colegas del bar. Estoy al borde de la arcada, conteniendo con enorme esfuerzo el impulso de sacar una de las botellas y reventársela en esa cara de cerdo, que por suerte no le legó al niño que me abrió la puerta.

—Sí, me envía tu vecina, doña Lola.

—Cojonudo, amigo. ¿Qué te debo?

Su condescendencia conmigo me repugna.

—Veinticuatro por las dos cajas —escupo expeditivo, sin intención

siquiera de acertar con el gargajo. En realidad, no quiero su dinero.

—¿Solo? Me parece muy barato. No me irás a endosar el vino que se te agrió, ¿verdad? —comenta, haciéndose gracia solamente a sí mismo.

—Pruébalo y me lo cuentas —sentencio, dejando que el aire pase por las cuerdas vocales sin filtro, que sepa lo que soy.

—Así lo haré —responde, sacando la cartera para pagar y evitando mirarme a los ojos.

Un cobarde de mierda, como era de prever.

Guardo el dinero que me tiende en el bolsillo del pantalón y me doy la vuelta sin contarlo, y sin ofrecerme a llevar las cajas al interior, como hago con todos mis clientes. Le digo que si quiere más vino se lo diga a Lola, que ella me avisará.

No espero a que me responda, me ciño a darle la espalda y le dejo con la despedida colgando de su labio inferior de simio amaestrado. Sólo quiero alejarme, olvidar que tuve la mirada de una criatura maravillosa sobre mí por unos segundos, y que con esto bastó para devolverme el vigor que creía perdido.

Esa mujer es un desfibrilador para el ánimo.

Mi fantasma ha regresado y me echa en cara que lleve tanto tiempo ignorando su cortesía. Antes, en cuanto me invitaba a una copa saltaba de inmediato a por ella y la engullía de un trago. Ahora tengo una fila de vasos colocada sobre una barra de bar infinita. Si tenemos que saldar cuentas uno de los dos saldrá mal parado.

Pero es tarde para ignorarlo, mi fe se dispersa. Se me viene encima una noche oscura y tal vez haya alguien que pueda arrojar un poco de luz. Estoy hablando de amar sin pluriempleo, sin tener que hacer horas extras para completar ingresos, de llegar a fin de mes con saldo en el haber.

Esa mujer es una promesa de estado de bienestar. Si tengo que caer esta noche, que sea entre sus brazos.